



**Autin-Grenier, Pierre**

Toda una vida desperdiciada. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :  
Dedalus, 2017.  
108 p. ; 20 x 13 cm. - (Biblioteca Contemporánea; 12)

Traducción de: Ignacio Rodríguez ; Clara Auger ; Maxime Bonachera.  
ISBN 978-987-3744-06-8

1. Literatura Francesa. I. Rodríguez, Ignacio, trad. II. Auger, Clara, trad. III.  
Bonachera, Maxime, trad. IV. Título.  
CDD 840

*Cet ouvrage a bénéficié du soutien des Programmes d'aide à la publication de l'Institut français.*

Esta obra cuenta con el apoyo de los Programas de ayuda a la publicación del Institut français.

Biblioteca Contemporánea  NARRATIVA

# Toda una vida desperdiciada

PIERRE AUTIN-GRENIER

Traducción  
CLARA AUGER  
MAXIME BONACHERA  
IGNACIO RODRÍGUEZ

Título original: *Toute une vie bien ratée*

© 1997, Gallimard.

© de la traducción: Clara Auger, Maxime Bonachera, Ignacio Rodríguez

1ª edición: mayo de 2017

© Reservados todos los derechos de esta edición para América Latina

Prohibida la venta en España

© Dedalus Editores

Paraguay 3034 3D, Buenos Aires, Argentina

info@dedaluseditores.com.ar

www.dedaluseditores.com.ar

Diseño de colección: Crudele Ribeiro

Ilustración de cubierta: Alejandro Crudele

Diagramación: Ignacio Rodríguez

ISBN 978-987-3744-06-8

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, digital, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

 **Dedalus Editores**

Pierre Autin-Grenier nace en Lyon en el Saint-Isidore de 1952, llovizna levemente en los muelles del Saona. Autor de poemas en prosa, nouvelles, relatos y textos cortos de autoficción, reparte su tiempo entre su ciudad natal y Vaucluse en donde vive.

Este libro es para distraer a MUSIC,  
fiel amigo, camarada encantador, mi perro;  
se lo dedico muy afectuosamente.

No soy nada.  
Nunca seré nada.  
No puedo querer ser nada.  
Aparte de esto, tengo en mí  
todos los sueños del mundo.

FERNANDO PESSOA  
*Tabaquería*

Tenemos que aprender de los animales y de las plantas  
lo que renegamos de nosotros mismos  
comerciando con nuestro ingenio.

RAOUL VANEIGEM  
*Nosotros los que deseamos infinitamente*

La infancia da treguas que el hombre ya ignora.  
Las fieras están en nosotros. Hay que dormir parado  
con un hacha en la mano.

RENÉ FREGNI  
*Ella baila en la oscuridad*

## No tengo gran cosa que decir últimamente

Me la paso tomando notas en la libretita cuadriculada forrada de cuero negro que me acompaña a todos lados. Ya va hacer una parva que cargo esta libretita conmigo, no sabría siquiera decir los años; quizás ni valga la pena hacerlo. Todo el santo día anoto en ella cosas raras o pensamientos que zigzaguean por mi cerebro abollado y que, al instante, me parecen prodigiosos. Si me cruzo en la calle con un elefante triste lo anoto, si diviso a un turista japonés traficando en una farmacia de Knokkele-Zoute también lo anoto. Reflexiones, máximas, sentencias y aforismos, los escribo a raudales; de una página a otra los convierto en impresionantes ristras de salchichas ahumadas. Nada en definitiva se me escapa, pero con todas estas notas tampoco hago nada. Quedan petrificadas en mi libreta como botellas dadas vuelta sobre un escurridor. Inútiles.

Me digo que si estuviese atrapado entre las cuatro paredes ciegas de una celda, ¿y por qué no?, seguramente escribiría por todos lados con la punta de una cucharita de aluminio pacientemente afilada: en el sue-

lo para inventariar las estaciones y no olvidar ninguna, en mi plato y mi cacharro para clamar mi revuelta, en las letrinas también unos poemas decorativos. Tendría que deslomarme de verdad como un negro, noche y día, para caligrafiar todo eso directo en la podredumbre de las paredes y dejar rastro de todas las intemperies que me hubiesen estropeado la brújula. De veras, incluso compondría elegías mentales, novelas-ríos también que sólo me quedaría transcribir en hojas sueltas y publicar bajo un nombre ficticio cuando llegue a la apoteosis de la evasión. (Me evadiría en tecnicolor-panavisión como vi que lo hacía Steve Mac Queen, en 1963, en el Cine Palace, cuando yo tenía diecisiete años y una libreta nueva en el bolsillo).

No, me quedo acá contando los clavos de la puerta masticándome el interior de las mejillas. La mayor parte de la semana la dedico a mover suavemente los dedos de los pies adentro de mis zapatos para asegurarme de que estoy todavía vivo, y el domingo no es mucho mejor, sólo que es además domingo y eso. A veces me inquieta saber si este estado de abatimiento va a prolongarse toda una eternidad y si va a dejarme todavía mucho tiempo más como un retrasado mental chorreando angustia frente a una esclusa. Otras veces me digo que debería acabar con esto y tirarme al agua con mi libreta de una buena vez; pero ese tipo de pensamientos me encuentra siempre bastante irresuelto o sobreviene jus-

to cuando más bien es el momento de decapitar una botella, dejando de lado que ni siquiera sé nadar.

Ayer a la mañana, exasperado frente a esta libretita plagada de palabras en vano y sin poder más, extraje la pequeña agenda móvil inserta a continuación de las hojas cuadriculadas y en la cual están anotados los datos de toda la gente que conozco, e incluso de otros, que perdí de vista hace rato y que en estos momentos me importan menos que un rábano. ¿Qué hacen acá estos intrusos? me dije; ¡pero hace tantos años que llevo esta maldita libreta conmigo!... Para complicar el asunto, decidí empezar precisamente por los fantasmas esos; prendí una lámpara grande, me instalé confortablemente en mi mesa de trabajo y me aboqué a mandarles a todos mis deseos de buen año y esperanzas sinceras de éxito en el trabajo, salud y prosperidad para toda la familia, esforzándome por variar las fórmulas y personalizar de la mejor manera el mensaje a cada uno. Al final de la tarde, todo el repertorio de la A a la Z estaba hecho, sólo que gasté una buena suma en estampillas y, en cuanto al resto, sobre todo a que estamos en pleno mes de agosto, nada me desanimó ni desalentó en lo más mínimo; ¿qué me importaban después de todo los caprichos del calendario? Ya bien de noche me vacié una botella de bourbon solo bajo la pèrgola.

Al final, cuando me acosté hacía ya un buen rato que mi mujer daba vueltas y vueltas en la cama sin poder

conciliar el sueño. “Creo sinceramente que no tenés gran cosa que decir últimamente” dijo. Cerré los ojos como un niño, pensé intensamente en mi ángel de la guarda, murmuré para mis adentros: “¡Señor! ¿Por qué me abandonaste?” Dormí.

## Noticias del tiempo

Hoy a la mañana de nuevo el informe meteorológico fue tan lamentable como Dustin Hoffman y la Florida en *Midnight cowboy*. A veces uno se pregunta si vale la pena vivir en una región celebrada en todos los folletos turísticos con un sol extraordinario cuando desde hace dos meses llueve sin parar sobre el sombrero de los hongos, el alma de los mendigos y todas las huertas de los alrededores. No es desde luego el lugar más apropiado, pero estoy segurísimo de que si hubiese pingüinos en la zona, perecerían ahogados sólo al ir de compras. Para terminar, esta lluvia, que sin cesar se obstina en traspasarle a uno el plumaje, me apena el humor y me ablanda el cerebro como una oblea; es la clase de situación aún más terrible que haber pasado quince días sin sacarme las botas (tal vez incluso ya tengo adentro los pies palmeados; debería ir y mirarlos de cerca).

¿Cómo no pensar, con semejante sopa, en chapotear hasta el buzón con la esperanza de encontrar un sobre amigo (¡reconozco enseguida la letra!) que contenga un pasaje de avión a uno de esos países donde pueden ver-



se hipopótamos con ojos de insomnes hundir a jóvenes piragüeros negros en el río Níger, o a brujos animistas con mirada alucinada hechizando a unos guerreros fulani? O si no: ¡destino Sídney! En Australia, me dicen, ya es tiempo de tomarse una cerveza en compañía de los canguros, de echarse a la sombra de un eucalipto y de descubrir, colgado de una rama, a un koala bromista. Sí, en el país de los grandes espacios el tiempo no existe: ¡salís del avión y te tenés que sacar el reloj! Es así. En todo caso es lo que certifica la publicidad en mi buzón esta mañana, y también que Sídney nunca estuvo tan cerca de mi felpudo “desde 8740 francos”. Claro, con esa tarifa, sigue siendo para mí una afirmación completamente improbable.

Al volver, pucho empapado y andar paf paf por los pies palmeados, le dije a mi mujer ves probablemente nunca vamos a ir a Sídney; nunca vamos a ir a deambular por la plaza de la Ciudad Vieja, en Praga, entre la alta silueta gótica de Nuestra Señora de Tyn y el campanario de la municipalidad. La gran muralla china, Tientsin, Shanghái, Hankóu, no son para nosotros; ¡Nunca conoceremos el marfil, ni el clavo de olor, ni el coco, de las islas y Zanzíbar en las horas pico! Ni siquiera somos titulares de “American-Express”; entonces para distraernos la única que nos queda es depositarles picapica a los pajaritos debajo de las plumas y tratar de reírnos de eso. Más o menos es lo que le dije para demostrarle toda mi

desesperación, mientras afuera, imperturbable, la lluvia se obstinaba a pesar de todos los folletos de la oficina de turismo y los micros que, en la ciudad, debían seguramente seguir derramando su cargamento de visitantes congelados frente a la sinagoga.

Me quedé pensando un instante para saber si no sería más acertado poner definitivamente los pies sobre la mesa (¡con mis medias zurcidas en los talones!) y, tirado sobre mi silla con un cirio de La Habana en el pico, esperar así los siglos necesarios para una mejoría meteorológica. Hubiera puesto en el tocadisco durante ese tiempo un viejo Dylan rayado, del tipo *Times Are Changin'* o algo parecido, como para no perder la paciencia. (Un resto de mala conciencia me llevaba sin embargo a pensar que seguramente era ésta una salida fácil.) Sonaban las cuatro en el carillón, todavía llovía a cántaros en la Florida local, Dustin Hoffman ahora agonizaba para siempre acurrucado como un ovillo sobre las baldosas de la cocina y, a cien leguas a la redonda, no se habría encontrado un solo pingüino: ¡sumergidos todos hace largo rato bajo esta tempestad celestial! Sólo me quedaba por ende salir en cuero a serruchar madera bajo la lluvia, o ir en bolas y sin canasto a cosechar champiñones, con la esperanza insensata de que me agarre la parca y acabar con mi vida lo más rápido posible.

Fue cuando ella me dijo riéndose sabés Sídney no es nada al lado de tu sonrisa triste; dos veces la China co-

munista, Deng Xiaoping y todo Zanzíbar, cocos y chocolates, son un poroto al lado de tu seriedad de zuavo pontifical; ¡precisamente cuando dijo esas cosas me pareció de golpe como si acabara realmente de encontrar pasajes aéreos en el buzón! Y ahí estamos los dos viajando como hámsters friolentos por debajo de la colcha verde manzana de la piecita baja, debajo del desván. El tiempo pasó, así, esperando que los caracoles y las ranas (que salen siempre al pasto después de la lluvia) vengan a golpear la ventana para decirnos que se acabó: ¡el sol vuelve a salir!

## Poema del cáncer de bronquios

Es algo así como un 110 metros con vallas que se disputara de una manera encarnizada y sin concesión alguna entre el cáncer de bronquios y yo. A la mañana empiezo a carraspear y un poco a la tarde también; pero igual sigo saltando todos los obstáculos por el momento, paso en rojo todos los semáforos y acelero a fondo sin dificultad como una vieja locomotora a través de las llanuras estériles del aburrimiento, escupiendo humo y llamas, lanzada a la conquista del *Far West* mientras los indios de la tribu Nicotina riegan la formación de flechas envenenadas y, desafiando a los vagones de cola, ¡ya empiezan el baile del escalpo! Pero tengo la esperanza, les digo, de poder cruzar el Misisipi antes de que esos hijos de salvajes encuentren el momento de echarme un embrujo y mañatarme a gusto.

Con todos los fósforos que raspé para avivar restos de colillas o inaugurar un cigarrillo recién armado, imagino que pastores de Cévennes o jóvenes vaqueros de Lozère medianamente habilidosos con sus manos podrían sin esfuerzo, en veladas invernales, confeccionar cientos de